

Mantel blanco

La pareja de enamorados fue sentada por el servicial mesero en el Paladar. Al igual que ellos, la mesa vestía un hermoso mantel de lino blanco. Los platos y cubiertos brillaban igual, sin provocar arruga alguna al tope. Vestidos de blancura, camisa, traje, zapatos y piel. La servilleta igual ubicada en sus rodillas era el vínculo con los manjares por recibirse. La pareja de enamorados se escurrió bajo la mantelería con su vino blanco en las copas.

Ahora son un hermoso bordado en el mantel.

Desde el cielo

Comienza el descenso del avión. Es un modelo muy moderno de una línea aérea europea que goza de gran prestigio. Había recibido horas antes un servicio de excelencia: sábana, almohada, audífonos para disfrutar de una pantalla digital de toque táctil y elegir entre películas traducidas a diferentes idiomas, música, noticias, documentales, por cuanto las horas han transcurrido entretenidamente. No debo dejar de mencionar la comida, previamente notificada con un menú escrito para elegir entre varias alternativas.

Ya la jornada final se acercaba y todos con cinturón ajustado, espaldar de la butaca enderezado mirábamos por la pequeña ventana los lotes de estacionamiento, los techos de las casas, la división evidente de muchas urbanizaciones. Algunas residencias con sus piscinas dejaban mostrar la inmensidad de sus tierras y esa imagen azulada impactaba desde lo alto. Las arboledas frondosas eran menos, pero identificables su verdor. Los cientos de contenedores eran el reflejo del progreso mercantil, parecían cajas de fósforos acomodadas en un estante de un supermercado.

Los lugares de estacionamiento alojaban una paleta de colores de carros de diferentes tamaños y modelos que competían estáticamente. Los esperaban sin embargo, una bocanada de autopistas. Desde esa privilegiada altura se podían identificar hasta sus puentes y formaban una repetida interesante forma de una letra.

La vista era amplia el movimiento permitía ese privilegio. Hasta un arco iris se interpuso en el ala del avión y me hizo percatarme que tenía grandes marcas de moho. Las ventanillas formaban parte de esa estructura, se abrían y cerraban como si hicieran un guiño a los pasajeros. De repente el acondicionador de aire subió su temperatura y se sentía un calor inmenso. No sabía si el sofocón se debía a la pasión



Luz de arrebol, Nelson Sambolín. Serigrafía portafolio "Isla de Luz", 11" x 7". 2013.

Narrativa



que generaba la pareja de enamorados a mi lado, que no dejaban de besarse apasionadamente y suspiraban de vez en vez. Escuché a él decirle a ella que finalmente disfrutarían juntos por siempre en el lugar que Dios les había designado. Decidí no mirarlos, ni escucharlos más, ese fanatismo religioso no podía manejarlo y me puse los audífonos modelo Beats.

Me concentré entonces en la altiva vista que tenía y fue en esa ocasión, justamente cuando llegaban las nubes blancas, que ya no me permitían ver nada. Parecía que las algodoadas cobijaban el aparato sobre el cielo, su movimiento se sentía tan suave. La turbulencia que anunciaron se desvaneció por completo. Flotaba el avión de manera diferente.

Concentrada en lo que sucedía afuera, olvidé a los amantes que tenía cerca. Me incorporé para mirar hacia mi lado izquierdo y no estaban. En esa misma línea de asientos, al otro extremo, nada. Me quité el cinturón y me levanté de mi butaca y para mi sorpresa no había nadie en el avión.



Un piso nos divide

Cuando llegó el señor que fumigaba dejé que recorriera el área libremente. De manera discreta tiré al piso un billete de cinco dólares envuelto. Así, como quien no quiere la cosa. Supondría que en la posición en la que se encontraba, se le había caído a cualquiera. Lo dejé a la entrada del espacio comunal.

Para que no fuese obvio, tiré algunas monedas en la mesa de la cocina. Allí además se dejan llaves, cartas promocionales e insignificancias. Quería que el fumigador pensara que el dinero no tenía valor alguno en ese recinto.

Durante meses soltaba elementos de valía en algún lugar del hogar. Hubo ocasiones en que no lo hice así. Otras en las que hasta le pregunté si cuando llegó había visto tal cosa, pero nunca me refería a monedas, sino a una llave o cualquier otra pieza.

Empecé a comentar en voz alta que se me estaba olvidando todo. Que padecería Alzheimer igual que mi madre. Dije, para que lo escuchara: El médico me lo advirtió y mis hijos lo saben. Él guardaba silencio. Hasta un día me dijo de un vecino que cuidaba su prima con igual condición. Supe entonces desde mi ingenio que la trampa había funcionado.

Ya habían pasado al menos seis meses. La confianza fluía. De vez en vez el fumigador, Diego se llamaba, conversaba sobre aspectos relacio-



nados a su trabajo. En una ocasión con cautela le ofrecí café. Lo tomó de prisa y miraba el reloj con temor. Debía proseguir hacia la próxima estancia. Era su destino mi gran interés.

Nadie lo creería, si llego a recordar cuándo fue la primera vez de estos sucesos. El tiempo transcurrió tan rápido y se hicieron costumbre los sonidos. Debo explicarles.

Me refiero a los ecos. Como cuando cae una piedra en un estanque. Las primeras ondas se mueven impactantes y luego poco a poco se van esparciendo convirtiéndose en parte de la ondulación.



Una noche a las tres de la mañana, hace siete años atrás escuché un golpe en mi techo. Nos levantamos de la cama asustados. Sin saber qué ocurría y específicamente dónde. Miramos hacia arriba, de allá provenía el ruido. Nos quedamos sordos un momento. Tomó segundos ajustar el cuerpo dormido a lo que sucedía.

Nada había pasado. Volví a dormir. Cada cual a su sueño. El mío no lo recuperé. Ese fue el comienzo. A partir de ese día todas las madrugadas cambiaron en mi habitación. Mi techo se convirtió en un malecón. Un tráfico constante de un lado a otro

Aniversario de movimientos. El primer año de escuchar las mismas resonancias decidí celebrar. A las 2:59 am estaba sentada en la cama, un bizcocho y una vela. Justo cuando comenzó el primer chirrido soplé.

Así lo hice por los próximos siete largos años, celebrar. Cuando es la fecha conmemorativa el ruido se hace intenso y festeja conmigo.

Aquella primera ocasión recuerdo que me dejó aturdida. En mi interior sabía que no quedaría ahí. En efecto, veinticuatro horas después inició sin pausa todo. Hasta hoy. Ya me cansé de no dormir toda la noche.

Esto es porque la vecina de los altos me privó del derecho del descanso nocturno. No era insomnio. Era el despertar de una anciana bibliotecaria retirada que caminaba jorobada a pasos lentos. Estaba siempre encerrada. Padecía de asma bronquial severa. Siempre tenía un pañuelo cubriéndole la boca y la nariz. Tosía todo el tiempo. Jamás saludaba cuando pasaba frente a todos. Se llamaba Bertha.

El fumigador ya era mi amigo. Supe qué días fumigaba en la casa de la vieja. Cómo y cuándo le pagaba. Que días no iba, los cuales fueron muy pocos; y en esas ocasiones se debía a que la mujer estaba retrasada. Era ella tan puntual y diligente en su agenda, que avisaba previamente su potencial tardanza o ausencia de la casa. En esas circunstancias el asesino de plagas, utilizaba ese tiempo para conversar conmigo.

Me las ingenié para que fumigara en mi casa el mismo día de ella. En mi espacio le permití preparar el líquido sin olor para ejercer su trabajo. Lo vigilaba cuando mezclaba los ingredientes y los depositaba en el envase plateado. Empecé a comprender el alcance del veneno.

Hice varias investigaciones con una farmacéutica y adquirí la información necesaria para saber qué productos debían o no mezclarse. Él era la única persona que entraba a su casa y con la facultad para rociar el material solamente cerca de su cama. Era justo donde estaban sus libros más preciados, lo que la mantenía viva.

El médico me había advertido de las consecuencias de mi falta de sueño. Ojeras, debilidad y falta de concentración. Cuando llegaba en la mañana a mi oficina, mi asistente tenía que traerme una gran dosis de café. Desarrollé una dependencia a la cafeína. Comencé a fumar para mantenerme despierta. En la tarde era el peor momento para sostenerme. El cuerpo me pedía descansar y no podía. No era insomnio. Las píldoras para dormir no surtían efecto.

Fueron muchas historias en los pasillos de la oficina, de las veces en que cabeceaba en plena reunión. Era motivo de chistes y burlas. Llegué a ver a un grupo de empleados imitándome. Todos reían a carcajada en una instancia a la hora de su almuerzo cuando me vieron entrar al salón comedor y callaron.

Son largos años de soportar los ruidos de la anciana. Movía y movía en su cuarto muebles de madera. Su piso era mi techo. Por eso fumigaba. Temerosa de que las polillas dañaran el mobiliario. En efecto con el tiempo el movimiento era más lento, pero no dejaba de escucharse. Era como si moviera el paso de su vida en la de cada pieza. En su interior habían libros antiguos y ella los leía y releía todas las noches.

Por eso les repito. El fumigador ya era mi amigo. Supe qué días fumigaba en la casa de la vieja. Cómo y cuándo le pagaba. Que días no iba, los cuales fueron muy pocos; y en esas ocasiones se debía a que la mujer estaba retrasada. Era ella tan puntual y diligente en su agenda, que avisaba previamente su potencial tardanza o ausencia de la casa. En esas circunstancias el asesino de plagas, utilizaba ese tiempo para conversar conmigo.

Me las ingenié para que fumigara en mi casa el mismo día de ella. En mi espacio le permití preparar el líquido sin olor para ejercer su trabajo. Lo vigilaba cuando mezclaba los ingredientes y los depositaba en el envase plateado. Empecé a comprender el alcance del veneno.

Él era la única persona que entraba a su casa. Yo no podía dormir y ella debía descansar.

